

mismo posee en su propia casa. Un más rígido boicot, una garra más mortal, ellos dicen, sería difícil de imaginar.

La exposición del General Obregón de los motivos para el aumento de la contribución es magistral y convincente. «El impuesto, arguye, no es discriminatorio contra el extranjero en favor del nativo. La Constitución de México, contra la cual tanto se ha escrito, es la mejor protección de los extranjeros, pues prohíbe tanto la exención como la discriminación. México, agrega, ha sido con razón llamado el tesoro del mundo. Incalculables riquezas yacen escondidas en sus montañas, llanuras y valles. Enormes fortunas han sido hechas por extranjeros extrayendo parte de aquella riqueza. Sin embargo, el 90 por ciento de la población nativa vegeta en la pobreza, la escualidez, las enfermedades y la

ignorancia, porque esta corriente de riquezas fluye sin tocarla. «Los sentimientos de humanidad imponen un cambio y éste es el cambio que México ha hecho. Nosotros sostenemos el principio de que las riquezas naturales de una nación pertenecen a la nación».

Estas son las palabras de un hombre cuyo amor por la justicia es una pasión y para quien el servicio de la humanidad es un culto. Yo he viajado con él casi toda la República y puedo corroborar lo que él dice respecto a la lastimosa condición de la nación, cuya riqueza mineral es fabulosa. Tal situación es una mancha para la humanidad. Es intolerable, y ningún hombre capaz de sufrirla, por principio o por conveniencia, merece estar a la cabeza del desgraciado pueblo mexicano.

(*La Reforma Social*. Nueva York).



LA ULTIMA CARAMBOLA ⁽¹⁾

Por LEOPOLDO LUGONES

DON Fulgencio era un hombre metódico: bebía su agua en una clepsidra, y comía su comida con un cuchillo que era un doble decímetro graduado y un tenedor que era un minutero. Como el judío del cuento medieval, tenía su alma enroscada en la espira de un reloj. Era además hombre trabajador y económico. Los 86,400 segundos de su día estaban distribuidos con exactitud matemática, y producían cada veinticuatro horas sesenta gramos de oro correspondientes a 1440 minutos de trabajo. Lo cual, como puede verificarse por medio de un cálculo sencillo, arroja 43,200 minutos mensuales, cuyo producto es 820 gramos de oro, o 518,400 minutos anuales, equivalentes a 86,400 gramos del precioso metal. De estos 86 kilogramos de oro, gastaba exactamente don Fulgencio 1.040.807,080 en satisfacer una pasión: el billar. Aunque don Fulgencio no era físico, se sabía a pulso toda la teoría del juego, y muy ladino había de ser el experto que consiguiese hacerle pareja.

Una noche, no se sabe por qué extraño capricho de sus facultades mentales, don Fulgencio, al volver de una partida, se puso a pensar. El día había sido de grandes novedades. En una esquina, cierto mendigo audaz se atrevió a pedirle una limosna, y nuestro hombre, por una de esas debilita-

des a que no escapan las naturalezas mejor templadas, cometió la torpeza de alargarle cinco centavos. Esto produjo en su ser un desarreglo profundo, pues siendo la presión de su pie al caminar, de un tercio de kilogramo precisamente, la extracción de aquella moneda ocasionó un brusco aligeramiento de un décimo de micrón, más fracciones, que el sensible organismo de don Fulgencio experimentó desde el calcañar a la coronilla.

Naturalmente, sus ideas se trastornaron y empezó un triscar de borreguillos cerebrales que alcanzó todos los límites del desequilibrio. Su cor-

(1) Cuando Lugones escribió este cuento tenía poco más de veinte años.—L. D., que nos lo envía desde Buenos Aires.

dón medular, agitado por bruscos tirones, le agitaba como una campana la mollera. Y no hay que extrañarlo, pues don Fulgencio era una balanza de precisión ante la cual se hubieran quedado chiquitos Cardau y Foucault, no obstante sus conocimientos basculares. Sería calumnia sospechar que la limosna afectaba moralmente al hombre metódico. No. Era cuestión de peso y nada más; aquel décimo de micrón, más fracciones, tenía toda la culpa.

En este singular estado de ánimo, fué como don Fulgencio se puso a pensar. Pensó primero en sus 86 kilogramos de oro, sin olvidar el pico de cuatrocientos gramos, y su corazón se llenó de ternura. Vió aquella cantidad multiplicada por un número inconmensurable de ceros, y la ternura se trocó en adoración. Dulces lágrimas humedecieron los ojos del pobre hombre y se sintió capaz de todas las generosidades y de todos los heroísmos. Estos movimientos del ánimo suelen caracterizar el primer amor. La enorme masa de metal que tenía ante los ojos, le deslumbraba; sintióse, comparado con ella, en la misma relación que un gorgojo con la media naranja de una catedral; y como la masa crecía, redondeándose en bola, acabó por ocupar medio firmamento, y entonces don Fulgencio advirtió que era el sol.

¡El Sol! ¡El era, entonces, propietario del Sol! ¡Qué bola para hacerla rodar en un tacazo temerario contra las barandas del firmamento! Y el jugador reapareció bruscamente en el ensueño. Pues el billar era la parte flaca de don Fulgencio, que, lógicamente, debía preferir el ajedrez y profesar culto al dominó. Todos estos organismos equilibrados tienen su fallo, pues la naturaleza reconquista por algún lado sus derechos. Aquellas «mesas» de don Fulgencio, que le salían a 0.28518 por día, eran cosa de maravilla; eran la mancha en el armificio de su regularidad; eran su fantasía, la única a que se hubiera entregado durante cuarenta años de existencia isócrona. De ahí que en el sueño, la riqueza y los astros se le presentaran en forma de bolas de billar gigantes-

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA